

Sobre la labor crítica

José Amícola

Calabrese, Elisa, *Lugar común. Lecturas críticas de la literatura argentina*, Mar del Plata, Eudem [Editorial Universitaria de Mar del Plata], 2009.

Una de las primeras cuestiones que llaman la atención en esta obra consiste en su certeza de que la labor crítica es una empresa llamada a la caducidad o, dicho con otras palabras: que los textos críticos se hallan supeditados a un peligroso anclaje en el tiempo histórico. Es por ello que Elisa Calabrese puede declarar sin tapujos que no se reconoce a sí misma en textos escritos por ella antes de 1990, una fecha que la autora quiere fijar como una divisoria de aguas en su producción crítica. Es encomiable, por lo tanto, este reconocimiento de las propias limitaciones, así como el establecimiento de algo que Borges hubiera suscripto; a saber: que no hay tal continuidad identitaria como la que suscita el mismo nombre propio y que somos constantemente otros.

Es cierto, por otro lado, que, como el mismo estudio se va a encargar de señalar, poco queda de la crítica literaria en la Argentina que sea anterior y se salve de la gran vuelta de página que significó la aparición de la revista *Contorno*, una verdadera bisagra en la crítica rioplatense. Hay, pues, un antes y después de ese momento y justo es reconocer que lo que se ha escrito después tiene que ver con ese gozne histórico-cultural, en mayor o menor medida. Esto significa que también hay fronteras de la productividad en el conjunto de la evolución de la crítica y en los mismos críticos y, tal vez, es bueno que así sea.

Por otro lado, es importante indicar que lo más meduloso del trabajo de Elisa Calabrese, a mi entender, se encuentra en su percepción del rol de las revistas literarias (entre ellas, especialmente las dirigidas por Abelardo

Castillo); pero también en el rescate de autores injustamente relegados (como Libertad Demitrópulos) o, precisamente en la tarea de este estudio, llamando la atención sobre puntos de inflexión y de toma de conciencia en el devenir de la cultura argentina (sus revistas literarias).

Un lugar tampoco menor en el estudio reseñado le cabe a las reflexiones sobre la obra de Borges, en la que se señala su lucha a contrapelo contra la noción humanista de autor, que se hallaría en el centro de la maraña de la obra borgeana y que serviría de núcleo para entender su inserción en la revista de Victoria Ocampo y en el propio campo literario rioplatense.

Por último, es necesario poner de relieve que Elisa Calabrese presta un atento oído a la poesía y, por ello, es sumamente iluminadora su manera de tratar la obra poética de Alejandra Pizarnik, la autora de culto de la lírica argentina. En efecto, en su capítulo titulado “El mito Pizarnik y la crítica”, Calabrese insiste en que la poeta que estudia no es una mera copista del surrealismo, como habría sostenido César Aira, sino que “... la singularidad de Pizarnik no supone una problemática metafísica, sino una dramática del lugar y del estatuto del sujeto: un cuestionamiento de la identidad unívoca a partir del vínculo vanguardista del arte con la vida que se radicaliza hasta constituir, no solamente un resto ideológico [...], sino la matriz generadora de una escritura que asume el orden vital” (p. 255).

En suma, *Lugar común* es una obra plena de crítica literaria que no teme entrar en polémica con su entorno porque es una digna sucesora de la misma garra que caracterizó a los críticos “contornistas”.